

Poesía



dramaturgia • cuento

#IdartesSeMudaATuCasa-
Otros mundos posibles



Refugio mínimo

©Lina Gabriela Cortés

REFUGIO MÍNIMO

Mi casa
tiene un altillo con ventana,
es un refugio mínimo de madera y libros.

Hay pinturas regadas por el suelo.
Un pincel de acuarelas y plantas
va creando una alfombra que es
el parque del interior.

A veces parece un san alejo extendido
en el que resucita la máquina de costura de mi abuela,
(encerrada en su casa con la tejedora)
la guitarra de Chiquinquirá con una calcomanía del Divino Niño
y la lámpara, perchero de fique.

En este altillo, sin intención se acumula la vida.

También está el colchón en el que murió mi abuelo,
y los hilos que bordan paisajes para este aislamiento.

Mi altillo parece el inicio y el fin del mundo.
Un ciclo infinito de mapas arrastrados al interior.
De forzosas revisiones del pasado,
cargadas de filas cromáticas de objetos en desuso
que datan de fechas distintas.

Mi altillo es un círculo infinito
en el que busco apretar la hoja de un libro para escurrir alguna flor
y que crezca en mí,
un jardín,
un charco para saltar.
La nueva vocación: recolectora de tacto

2020

Este año, ha hecho de mí,
toda,
carne rota.

Y he aprendido
que es por el silencio
que se comunican los años,

donde cada telaraña en los ojos de papá
es la historia de un crudo tejido de
libros acumulados,
llaveros en procesión de muerte
y una soga atada a los cuerpos.
Historias de dioses que se escribieron en la tierra,
antes de la pandemia.

Este año, ha hecho de mi
una confinada,
una excallejera,
una paseadora de pájaros,
una lectora del fin del mundo.

Este año,
acabado,
me ha pintado pasos en los pies
para recorrer el encierro de punta a punta

Este año ha desaparecido el ritual.
La muerte que todo lo compensa
sigue existiendo, pero
solo se ven las cenizas.

LA VENTA

Quizás después de la cuarentena solo me quede esta ventana pegada
al cuerpo para asomarme desde adentro
a ver pasar el mundo,
a reconstruir el cielo,
a acercarme al zorro que tiene la ciudad bajos sus pies
Quizás con mi ventana,
deje de ver
esculturas de cartón
en otras ventanas,
y sueñe con caras
de carne y hueso
que desfilan en el reflejo,

y pueda
arrancarles a los halcones
que visitan este árbol sin follaje
su patria de vuelo
y pueda a orillas de una tarde
hablar

de errores programados,
de las semillas a 1300 kilómetros al norte del círculo polar

del otoño de un país
dibujándome hojas en la piel,

de este jengibre picoso
que recorta mi saliva,

de esta garganta encerrada,
testigo en versos

que al menos tengo mi ventana pegada al cuerpo y un viento de
mar que le cruza.